

.10

TODA LA
PUBLICA
DE

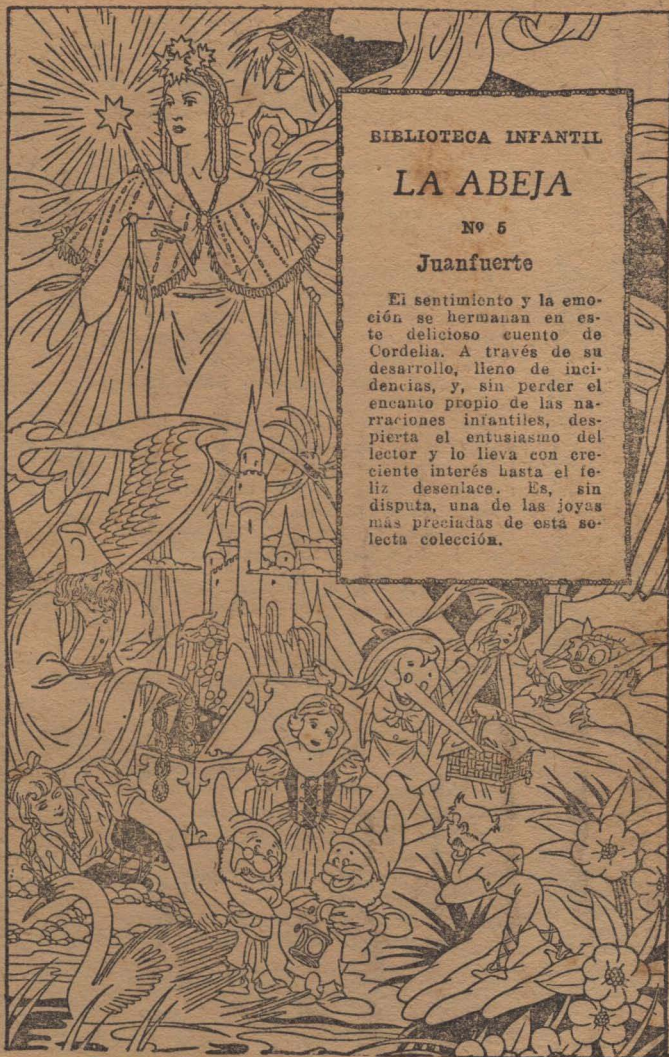
Juanfuerte





00163306





BIBLIOTECA INFANTIL

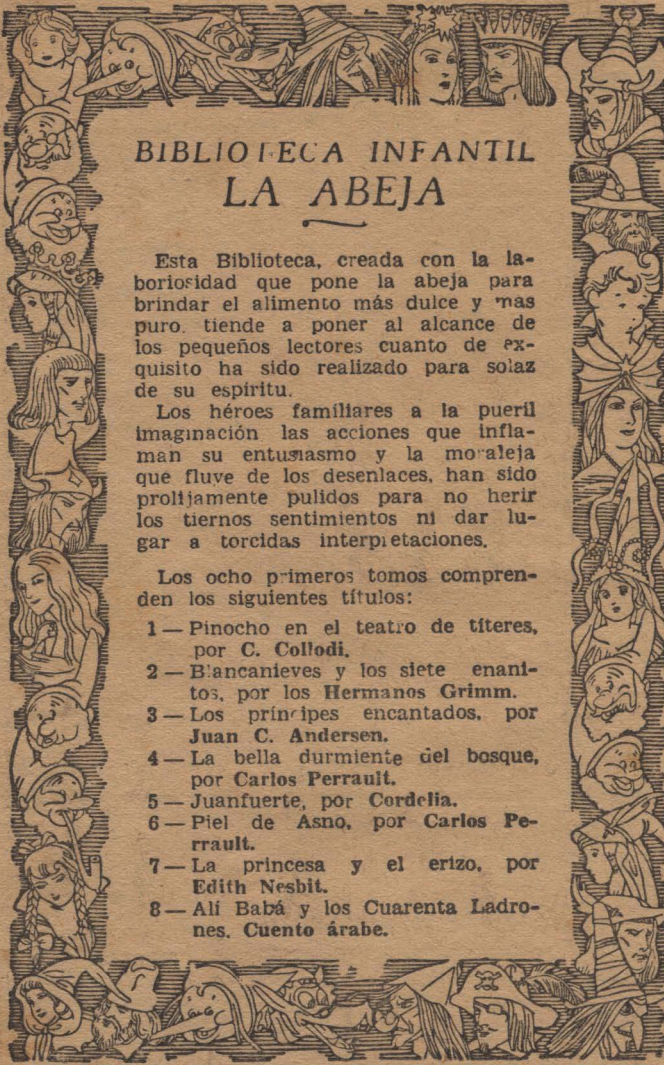
LA ABEJA

Nº 5

Juanfuerte

El sentimiento y la emoción se hermanan en este delicioso cuento de Cordelia. A través de su desarrollo, lleno de incidencias, y, sin perder el encanto propio de las narraciones infantiles, despierta el entusiasmo del lector y lo lleva con creciente interés hasta el feliz desenlace. Es, sin disputa, una de las joyas más preciadas de esta selecta colección.

Printed in Argentina



BIBLIOTECA INFANTIL LA ABEJA

Esta Biblioteca, creada con la laboriosidad que pone la abeja para brindar el alimento más dulce y más puro, tiende a poner al alcance de los pequeños lectores cuanto de exquisito ha sido realizado para solaz de su espíritu.

Los héroes familiares a la pueril imaginación las acciones que inflaman su entusiasmo y la moraleja que fluye de los desenlaces, han sido prolijamente pulidos para no herir los tiernos sentimientos ni dar lugar a torcidas interpretaciones.

Los ocho primeros tomos comprenden los siguientes títulos:

- 1—Pinocho en el teatro de títeres, por C. Collodi.
- 2—Blancanieves y los siete enanitos, por los Hermanos Grimm.
- 3—Los príncipes encantados, por Juan C. Andersen.
- 4—La bella durmiente del bosque, por Carlos Perrault.
- 5—Juanfuerte, por Cordelia.
- 6—Piel de Asno, por Carlos Perrault.
- 7—La princesa y el erizo, por Edith Nesbit.
- 8—Ali Babá y los Cuarenta Ladrones. Cuento árabe.

JUANFUERTE

Cuento de Cordelia

*Dibujos de
Pedro Fossey*



EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 750

Buenos Aires



ES PROPIEDAD
*Queda hecho el depósito
que marca la ley.*



JUAN FUERTE

I

El carpintero pobre y ambicioso



N un lejano país vivía un carpintero que era muy pobre y también muy ambicioso. Con frecuencia se quejaba. Y durante la sobremesa o mientras esperaba que su mujer terminara la comida, le decía a ésta con convicción y entusiasmo:

—Soy pobre, muy pobre; pero si llegamos a tener hijos, quiero que éstos disfruten de los halagos que proporciona la fortuna.

Esto ocurría durante los primeros meses de matrimonio. Y un día vino el primer hijo. Y el pobre pero ambicioso carpintero quiso que la madrina de su primogénito fuese una hada, como solían hacer los señores poderosos de aquel tiempo.

—¿Qué hada será la madrina? — le preguntó su mujer.

—Una que conozco.

—¿Conoces una hada? ¿Eres amigo de ella?

—Tanto como amigo, no. La conozco de vista. Pasa todos los días por delante de nuestra puerta.

—¿Y accederá a tu pedido?

—Creo que sí. No se negará a ser madrina, y además, le hará un buen regalo.

—¡Ojalá no te equivoques! — dijo la buena mujer.

Y no se equivocó. Cuando al día si-



—Soy pobre, muy
pobre, pero...

guiente detuvo a la maga en la calle y le expuso sus deseos, ésta aceptó, pues se trataba de una hada buena.

Se realizó el bautizo, modesto, de acuerdo con la condición del pobre carpintero, y cuando llegó el momento de conceder las gracias, dijo la madrina:

—Hago a mi ahijado donación de la belleza. Por lo tanto, le llamaréis Bello.

Y Bello fué el nombre que le pusie-

ron al primer hijo del carpintero pobre y ambicioso.

El niño crecía lindo como un sol. Sin embargo, sus padres no estaban conformes. Y a cada momento exclamaban:

—La hermosura es una cosa muy agradable, pero no da de comer.

El hombre, que era el más descontento, a fuer de ambicioso, decía:

—El hada madrina fué poco generosa. ¿Qué le hubiera costado darle una bolsa llena de monedas de oro? ¡Este sí que hubiera sido un gran regalo!

Sin embargo, se conformaban, pensando que pronto les llegaría otro hijo.

Y así fué.

Y esta vez eligieron por madrina a otra hada, pues querían que el segundo recibiera mejores dones que el primero.

Cuando llegó el momento de bautizarlo, dijo la maga:

—Hago a mi ahijado donación de la sabiduría. Por lo tanto, le llamaréis Sabino.

No quedaron muy satisfechos los padres, que querían cosas más prácticas y tangibles; pero se resignaron. Peor era nada.

El niño creció sano y vivo. Y cuando



Aceptó, pues se trataba de una hada buena.

apenas tenía unos meses, ya empezó a hablar y a razonar que daba gusto escucharlo. Sin embargo, sus padres seguían sin estar contentos. Y decían:

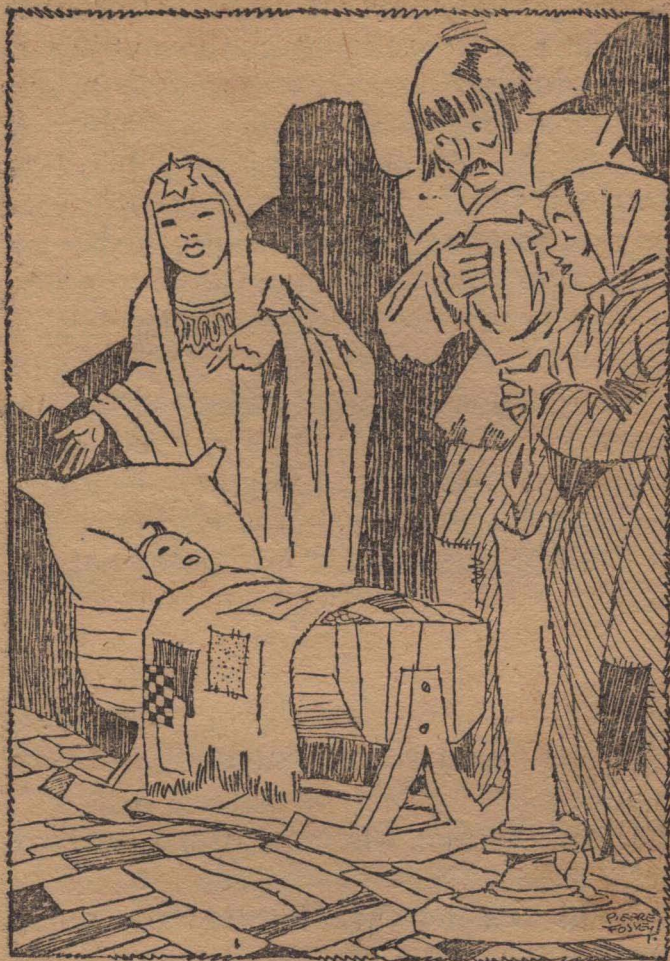
—A un sabio es muy lindo oírlo hablar. Pero con todo lo que dice, por bueno que sea, no se para la olla.

Y casi estaban arrepentidos de haber tomado a las hadas por madrinas de sus hijos.

Y en eso vino al mundo el tercer niño. Y para que no tuviera que envidiar nada a sus hermanos mayores, rogaron a una hada desconocida que oficiase de madrina en la ceremonia del bautizo. Ella accedió, y los padres del recién nacido se pusieron muy contentos cuando después se enteraron que se trataba del hada más generosa del país. Fundaron, pues, en ella muchas esperanzas.

Y en el acto del bautizo dijo la madrina:

—Hago a mi ahijado donación de la fuerza. Por lo tanto, le llamaréis Juanfuerte.



—Hago a mi ahijado donación de la fuerza.

Tampoco quedaron muy satisfechos los padres. Lo que deseaban era un hijo cargado de dinero.

Pocos días después del bautizo, el tercero de los hermanos se volvió robusto y fuerte como un toro. Sin embargo, ni el carpintero ni su mujer estaban conformes. Y repetían sin cesar:

—A pesar de tener por madrinas a las hadas, nuestros hijos no serán más ricos que los del más pobre de los vecinos.

Pero el mal ya no tenía remedio. Había que aceptar a los tres vástagos con el destino que sus madrinas les habían dado.

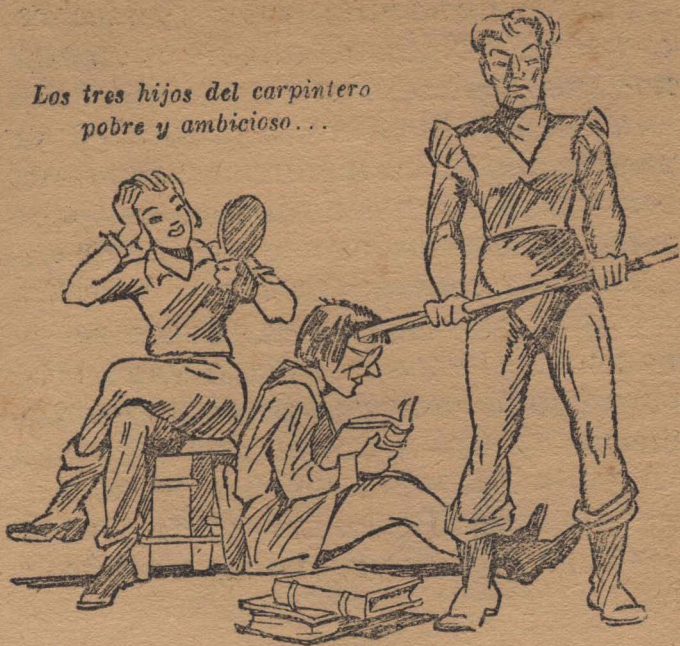
II

Los chicos crecen

Los tres hijos del carpintero pobre y ambicioso fueron creciendo.

Bello era admirado por todos. Su hermosura impresionaba agradablemente a cuantos lo contemplaban. A

*Los tres hijos del carpintero
pobre y ambicioso...*



pesar de su pobreza, la madre no ocultaba su satisfacción.

Sabino era un prodigio de inteligencia. Sus palabras eran escuchadas por todo el mundo con verdadero asombro. El padre y la madre estaban orgullosos de su talento.

En cuanto a Juanfuerte, no tenía

miedo de nada y hacía temblar a todo el mundo. Nadie se atrevía a hablar mal del carpintero o de su familia, pues se sabía que Juanfuerte podía agarrar al atrevido entre sus manos, que eran como tenazas, y retorcerle el pescuezo como se le retuerce a un pollo. El padre estaba contento de él.

Bello, que estaba enamorado de su hermosura, cuando salía a vagar por el campo se contemplaba en los remansos de los ríos y en el agua tranquila



Las mujeres, sobre todo, se encerraban en su casa...

de los lagos. Y se entretenía juntando flores.

Sabino se pasaba el día con un libro en las manos. Decía que estudiaba el modo de hacer rica a su familia. Y aseguraba que lo conseguiría. Sin embargo, leía y leía, y no terminaba nunca.

Juanfuerte, en cambio, trabajaba por diez. Con sus brazos arrancaba los árboles del bosque y en un santiamén preparaba las tablas que utilizaba su padre en los encargos que le hacían. Y cuando se ponía a trabajar a la par de éste, hacía muebles tan resistentes que los entendidos aseguraban que podrían durar hasta el fin del mundo.

III

Los bandidos

Mientras tanto, en el país apareció una banda de forajidos. Con sus actos de pillaje sembraban el terror. Las mujeres, sobre todo, se encerraban en su casa atrancando todas las puertas y

ventanas, y apenas se atrevían a salir para las diligencias más apremiantes. Ni bien llegaba la noche, hacían acostar a sus niños, encerraban sus animales en corrales y gallineros protegidos con buenas cerraduras, y si tenían la desgracia de que su marido fuera trasnochador, se pasaban las horas rezando hasta que el dueño de casa regresaba sano y salvo.

Cuando oía hablar de los bandoleros, Juanfuerte se encogía de hombros y lanzaba una estruendosa carcajada.

—Todavía no ha nacido quien pueda asustarme — decía.

Y agregaba que le gustaría conocer a los componentes de la banda, pues tenía curiosidad de saber qué clase de hombres eran aquellos que daban miedo a todo el mundo.

—Me daría por satisfecho si me hicieran temblar un poquito — exclamaba. — Pero estoy seguro que eso no ocurrirá.

Mientras tanto, los bandoleros hacían de las suyas cometiendo los más espan-



Juanfuerte no se inmutó por eso.

tosos crímenes y los saqueos más brutales. Nadie se atrevía a sacar las narices más allá del quicio de la puerta. Era tal el pánico que se había apoderado de todos, que contristaba a los más valientes.

Y un día dijo Juanfuerte:

—Ya estoy harto de tanto miedo. Iré yo mismo al bosque a ver si encuentro a esos bandidos.

—No seas loco — protestó su madre, que lo quería mucho. — Eso es como meterse en la boca del lobo.

—Es cosa resuelta, madre — contestó Juanfuerte. — Mañana iré al bosque. Y si mis hermanos me quieren acompañar, los llevaré conmigo. Y si tienen miedo, iré solo. No los necesito para semejante empresa. Me basto y me sobro.

Bello dijo que no con la cabeza. Desde el día que se enteró que los bandoleiros andaban cerca, permanecía acostado durante todas las horas del día, y al menor rumor ocultaba la cabeza bajo las sábanas, temblando de miedo. ¡Como para acompañar a su hermano! Unica-

mente saldría si éste le echaba una soga al cuello y lo llevaba a la rastra.

En cuanto a Sabino, no se había metido en la cama como el primogénito, porque sostenía que el hombre sabio no teme a la muerte; pero no dejaba de pensar y manifestar en voz alta:

—El que ama el peligro, perece en él. El que desea conservar el pellejo debe ser hombre prudente.

Y así por el estilo, hablaba, hablaba y hablaba... pero no se movía.

Enredóse su ropa en uno de los árboles.





Juanfuerte no se disgustó por eso. Un poco porque ya lo había previsto y otro poco porque no le hacía gracia exponer a sus hermanos a un peligro positivo y grave. Por lo tanto, decidió ir solo al bosque.

IV

La lucha

Juanfuerte caminó, y caminó, y no vió bandidos por ninguna parte.

—Posiblemente, el miedo ha hecho ver fantasmas a la gente — pensó, y prosiguió su marcha.

Ya casi había olvidado a los forajidos, y andaba por el bosque más por el gusto de caminar que con el ánimo de buscar pendencia, cuando al pasar cerca de una gruta, oyó rumor de voces. Se detuvo a escuchar y se enteró que eran los bandidos. Prestó mayor atención, y supo que habían decidido dirigirse aquella misma noche al pueblo para realizar un saqueo de los grandes.

—Los hombres de este país son miedosos como ratones —decía uno que, por el tono con que hablaba, parecía el capitán. — Con la mayor facilidad podremos apoderarnos esta noche de cuanto haya. Todo lo bueno que tenga esa gente será para nosotros.

Juanfuerte no se quedó perplejo porque su condición de hombre robusto y valiente no se lo permitía. Pero se indignó ante tanta maldad. Pensó primero entrar en la gruta y matarlos a todos. Después se puso a reflexionar y comprendió que uno solo, por fuerte que fuera, contra tantos y tan malos, llevaba las de perder. Ni Sansón hubiera po-

dido luchar con tantos y tales enemigos. Recordó los consejos de prudencia de su hermano Sabino y decidió esperar a los bandidos a la puerta de la gruta, para agarrarlos a medida que fueran saliendo. Como se trataba de una embocadura estrecha, tendrían que salir uno a uno, por lo cual la victoria le resultaría fácil.

Aguardó, y transcurrido un tiempo, vió salir a un bandolero de aspecto espantoso y armado hasta los dientes.

Al notar que un hombre lo esperaba, el malhechor sacó un puñal que llevaba en el cinto, en actitud de ataque; pero el muchacho no le dió tiempo para servirse del arma. En un abrir y cerrar de ojos, cayó sobre el bandido, le arrebató el puñal de las manos y se lo hundió en el pecho, largándolo sin vida.

Pero antes de caer, el bandolero había dado un grito, que fué oído por sus compañeros, quienes empezaron a salir de la gruta. Juanfuerte no se inmutó por eso. Le dió a uno de ellos un puntapié que lo hizo volar tan alto que, en-



Y, echándose al hombro el asno...

redándose su ropa en uno de los árboles más corpulentos del bosque, se quedó allí suspendido y oscilando como un barrilete movido por el viento. A otro le propinó un empujón tan fuerte, que fué a rodar lejos sobre las piedras. Al tercero le pegó en la cabeza un puñetazo tan recio, que el suelo cedió bajo los pies del malandrín y quedó enterrado en una fosa hecha a medida. Al cuarto le cortó la cabeza de un solo tajo bien dado. Y al quinto, en fin, lo despanzurró.

Ante semejante lucha, los demás ladrones sintieron tal miedo que no se animaron a salir, creyendo que en el bosque había un regimiento de valientes soldados bien pertrechados y diestros. Otra explicación no cabía ante aquella rápida destrucción.

Juanfuerte aprovechó el desconcierto de los malvados para arrancar con sus propias manos una piedra enorme de una montaña vecina. La llevó junto a la gruta y tapó con ella la entrada, mientras decía:

—Ahí os quedaréis sepultados en vi-

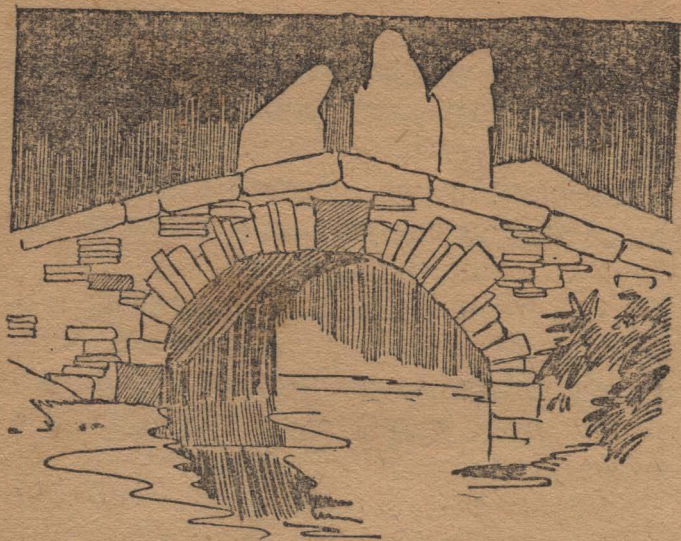
da. Y mientras vosotros pagáis vuestros pecados con una horrible muerte, el país recuperará su vida tranquila y laboriosa.

Inmediatamente formó una especie de angarillas con ramas y hojas secas;



depositó en ellas los cuerpos de los bandidos muertos, y los llevó a rastras hasta el pueblo.

Mientras tanto, en su casa, su madre estaba llorando por temor de que aquellos asesinos lo hubieran muerto. A Sa-



Vió aparecer tres fantasmas altos y blancos.

bino, por su parte, se le había ocurrido esta sentencia:

—El llanto al muerto no lo devuelve;
la pena amarga nada resuelve...

Pero nadie, ni el propio carpintero, tenía valor para ir a buscar a Juanfuerte al bosque.

Cuando lo vieron venir con los cadáveres de los bandidos, todos, empezaron

do por el alcalde, corrieron a su encuentro y lo llevaron en andas.

Sin embargo, transcurrido algún tiempo, y puesto que otros bandidos no aparecían por allí, Juanfuerte se aburría a fuerza de estar ocioso. Y un día les dijo a sus padres:

—Quiero salir a buscar fortuna por el mundo. A ver si encuentro a alguien que sea más fuerte que yo, a alguien que consiga lo que nadie ha conseguido todavía: hacerme temblar.

Sus padres se opusieron, lo mismo que sus hermanos. Un poco por cariño y otro poco porque, estando Juanfuerte en casa, se consideraban más seguros que nadie en el pueblo.

Pero él estaba decidido a irse.

V

LA PARTIDA

—¿Qué queréis que os traiga? — les preguntó Juanfuerte a sus hermanos, antes de abandonar la casa.

—Tráeme una esposa hermosísima — dijo Bello.

—Pues a mí me traes una mujer sabia — le encargó Sabino.

—Seréis servidos — respondió nuestro héroe. Y partió al instante.

En lugar de tomar los caminos más frecuentados, se internó en los bosques por las sendas solitarias, con la esperanza de encontrar algún peligro. Y así cumplió varias jornadas, hallando únicamente a un viejo que arreaba un burro cargado de bolsas de trigo. El animal se había empacado, y el pobre anciano no sabía qué hacer.

—No te aflijas, que yo te ayudaré — le dijo Juanfuerte.

Y, echándose al hombro el asno con las bolsas, lo llevó hasta la casa del viejo.

Este quiso expresarle su gratitud dándole alojamiento, pero el muchacho lo rechazó y prosiguió su camino.

Después de andar un largo trecho, se encontró con unos carreros, que le preguntaron:



De un salto, se arrojó sobre ellos...

—¿A dónde vas?

—Voy a correr el mundo en busca de peligro. Deseo encontrar algo que me haga temblar.

—¿Por qué no vas al puente de los fantasmas? Estoy seguro que allí temblarás.

—Decidme dónde está, y voy corriendo.

—Vuelve en dirección a la derecha y marcha en línea recta hasta que encuentres un puente. Espera allí a que se haga de noche y yo te aseguro que si no has temblado nunca, tendrás un debut movido y sonoro. Como que te van a castañetear los huesos...

Juanfuerte, después de soltar la carcajada, se dirigió al puente.

VI

El puente de los fantasmas

Apenas se ponía el sol, no se veía alma viviente en los alrededores del puente de los fantasmas. Los que vivían cer-

—El más cruel de los destinos
persigue a este reino.



ca se encerraban en su casa, muertos de miedo. Y los que vivían lejos, apresuraban el paso para poner la mayor distancia posible de por medio.

Juanfuerte se ocultó detrás de unos arbustos y se puso a esperar tranquilamente.

Cuando ya era noche cerrada, vió aparecer a tres fantasmas altos y blancos con sendos bastones. Al caminar hacían un ruido parecido al que harían varios carros rodando sobre un pavimento de piedras.



Entraron en una gruta donde los



les tenían preparada una rica cena.

Después que se hubieron asegurado que estaban solos, los tres aparecidos se aproximaron a los árboles y arrancaron las frutas más pintonas, cortaron los racimos más lindos de las viñas y destruyeron los sembrados y las huertas. Cualquiera diría que por allí había pasado una tormenta.

Con todo lo juntado llenaron un carro que traían y se volvieron por donde habían venido.

Fué entonces cuando Juanfuerte, de un salto, se arrojó sobre ellos, los agarró por el pescuezo y uno tras otro, los ató a sendos árboles, después de haberles quitado la sábana con que se habían disfrazado de espectro. Eran, como ya habrán adivinado ustedes, unos vulgares ladrones que aprovechaban el miedo de los campesinos para robar impunemente.

Suplicaron a nuestro héroe que los dejara en libertad; pero éste no les hizo caso y se fué a la ciudad a poner el hecho en conocimiento de las autoridades para que metieran en la cárcel a los ma-

*Empezó con las tres
hijas del rey.*



landrines. Al enterarse los vecinos, quisieron llevarlo en triunfo, pero Juanfuerte se escabulló, reanudando su camino en pos de otra aventura.

VII

El Reino del Llanto

Después de mucho andar, llegó Juanfuerte a un país que era antes conocido por el Reino de la Alegría, y que de buenas a primeras se había convertido en el Reino del Llanto. A cuantos vecinos encontró a su paso los vió vestidos de luto y llorando amargamente. Todos

los pueblos estaban de duelo, y las campanas lanzaban lúgubres sonidos que parecían lamentos.

El muchacho preguntó a uno de los transeúntes por qué todo el mundo lloraba en aquel país. Y le contestó el interrogado:

—Porque el más cruel de los destinos persigue a este reino.

—Decidme lo que os pasa. A lo mejor puedo ayudaros.

—No lo creáis. Moriríais de la misma manera que han muerto cuantos han intentado libertarnos.

—¿Pero cuál es el hado que se ha ensañado en vosotros?

—Debes saber que nuestro rey, un día que fué de caza, mató por error a la hija del Hada del Bosque, que triscaba entre los arbustos convertida en ciervo. El Hada no se lo perdonó, y para vengarse, se lleva a todas las jóvenes del país apenas cumplen los diez y ocho años, que es la edad que tenía su hija. No hay medio de salvar a las desdichadas niñas, aunque permanezcan ence-



—¿Tan desesperado estás,
que vas en busca de la
muerte?

rradas en su aposento. El Hada entra por el ojo de la cerradura confundida entre el polvo o por la ventana, transformada en pájaro, gusano o mosca, y se las lleva consigo. Empezó con las tres hijas del rey, que eran preciosas. El soberano ha prometido su corona y la mano de la más linda de las princesas al que consiga romper el encanto. Pero cuantos lo intentaron no regresaron jamás. Ya hemos perdido toda esperanza. Y aquí tenéis por qué éste, que era el Reino de la Alegría, se ha convertido en el Reino del Llanto.

- Yo intentaré salvaros.
—Perderéis la vida.
—¡Quién sabe! Llevadme ante el rey.

VIII

En busca de las princesas

Cuando Juanfuerte estuvo en presencia de los reyes, que lloraban sin cesar a las hijas desaparecidas, dijo que quería ir a libertar a las princesas.

—¡Pobre muchacho! — dijo el rey. —
¿Tan desesperado estás, que vas en busca de la muerte?

—Quiero ver si soy capaz de temblar, pues nadie ha conseguido hasta ahora meterme miedo.

—Está bien. ¿Pero sabes lo que se precisa, según el oráculo, para salvar a las cautivas y destruir el encanto del Hada del Bosque?

—Lo ignoro. Decídmelo.

—Según las palabras del oráculo, para vencer al Hada del Bosque hacen falta:

La espada de hombre reinante,
la bella luz del diamante,
la cabeza de un gigante,
de las plantas vivo fuego
y un corazón bien pujante,
desde luego.

—Dadme vuestra espada — dijo
Juanfuerte al rey.

Después, viendo que sobre el pecho de
la reina centelleaba una estrella de dia-
mantes, dijo:

—Dadme esa alhaja, majestad.
Los soberanos obedecieron.



*Se encontró con gran canti-
dad de culebras...*

...un terrible dragón que vomitaba fuego.



—¿Dónde encontrarás la cabeza de un gigante? — preguntó el rey.

—En seguida iré a buscarla.

—¿Y el vivo fuego de las plantas?

—Es lo que menos me preocupa.

—¿Y el corazón bien pujante?

—No preciso ir a buscarlo: lo llevo en el pecho.

—Que el cielo te acompañe, hijo mío. Y si sales victorioso, cuenta con mi corona y la mano de la princesa más bella.

Tomando la espada del rey y la estrella de diamantes de la reina, Juanfuerte se puso en camino, repitiendo las palabras del cráculo, para no olvidar detalle.

En la Cueva del Dragón

Le habían informado que la primera hija del rey fué robada por un topo. Por lo tanto, debía encontrarse bajo la tierra. Teniendo esto presente, cuando encontró una gruta se metió en ella, pero después de andar un corto trecho, se halló ante una enorme mole que le cerraba el paso. Dispuesto a seguir adelante, dió un feroz puñetazo a aquel obstáculo, que saltó en pedazos, con lo cual pudo continuar su camino.

A los pocos pasos se encontró con gran cantidad de culebras que empezaron a enroscarse alrededor de sus piernas, de sus brazos y de su tronco. La más gruesa de todas ellas llegó hasta su cuello y lo hubiera estrangulado si él no echa mano a la espada del rey, cortándole la cabeza. Hizo lo mismo con las restantes, y cuando las vió tendidas en el suelo, sin vida, las ató entre sí for-

mando un largo cordón, y sujetando uno de los extremos a una piedra, dijo:

—Cuerda, a caminar empieza, en busca de la princesa.

La cuerda formada con las culebras empezó a alargarse de manera extraordinaria. El la siguió, penetrando en una especie de antro donde no llegaba el más débil rayo de sol. Entonces se detuvo no sabiendo hacia dónde seguir, pues no podía distinguir las culebras que le servían de guía. Y oyó una voz que, saliendo de la gruta, se lamentaba, diciendo:

—Madre mía, ven a mí,
que estoy muriendo sin ti.
Padre mío, te preciso.
Líbrame al fin de este hechizo.

Juanfuerte no dudó de que quien se quejaba era la princesa, y dijo:

—Vengo a salvarte.

—¡Márchate en seguida! — exclamó ella. — De lo contrario, el dragón te devorará, como ha hecho con los otros.



La condujo afuera, después de muchos tropiezos.

Juanfuerte siguió avanzando en dirección a la voz, y de pronto vió ante sí a un terrible dragón que vomitaba fuego.

—¿Qué vienes a buccar? — preguntó el monstruo.

—¡A la princesa! — contestó el muchacho.

—La princesa está bajo mi custodia, y el que intente salvarla. encontrará la muerte.

Después de decir esto, abrió la boca con intención de devorar al intruso. Si éste hubiera tenido miedo, allí mismo habría terminado su vida. Pero Juanfuerte no era hombre de temblar por tan poca cosa. Desenvainó la espada del rey, y en un santiamén la hundió en la garganta del dragón.

El monstruo cayó a sus pies, muerto. El encanto estaba deshecho.

Dando el brazo a la princesa, la condujo afuera, después de muchos tropiezos, pues debían salvar montones de murciélagos, de víboras y de sapos que tan pronto veían la espada del rey se

quedaban aletargados, dejando paso libre a los fugitivos.

El muchacho llevó a la princesa a la casa de una aldeana y le dijo:

—Espérame aquí hasta que vuelva con tus hermanas salvas y sanas. Después os presentaré juntas a vuestros padres. Pero ¡cuidado! No vayas a decir que eres la hija del rey. Si no, tendrás que estar siete años más cautiva.

Después de haberle prometido la prin-



—La princesa la tengo yo encerrada.

cesa guardar silencio, Juanfuerte reanudó su marcha en busca de la segunda hija del rey.

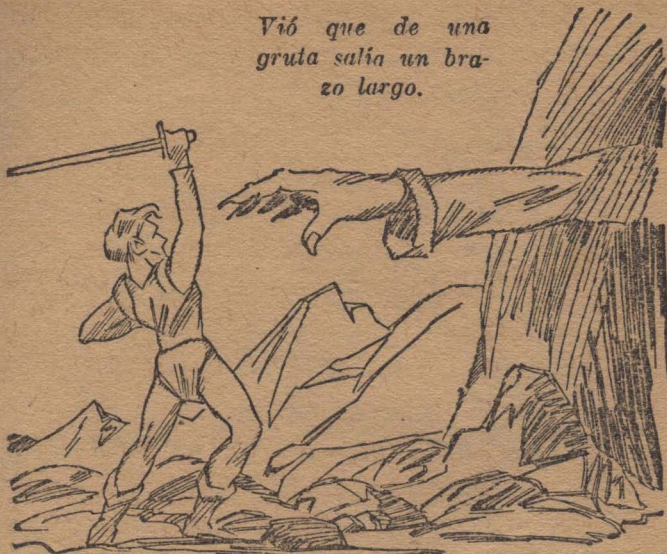
X

En el fondo del mar

Sabía nuestro héroe que a la segunda hija del rey la había robado un pez. Por lo tanto, se imaginó que estaría en el fondo del mar.

Como era un nadador extraordinario, podía resistir jornadas enteras braceando entre las olas. Cuando llegó a la orilla se encontró con un violento temporal. Las olas eran tan altas como montañas. Sin temor alguno, se arrojó al agua. Y nadó sin cesar, no encontrando ni rastros de la princesa. Y así pasó toda la noche. Los peces lo mordían en las piernas con intención de devorarlo, pero él de un talonazo los aturdía. Y siguió nadando. Y al llegar a cierto punto oyó una voz que salía de lo más profundo del océano y que, lamentándose, decía:

*Vió que de una
gruta salía un bra-
zo largo.*



—Madre mía, ven a mí,
que estoy muriendo sin ti.
Padre mío, te preciso.
Líbrame al fin de este hechizo.

Como los peces no hablan, aquélla debía de ser la voz de la princesa.

Juanfuerte se sumergió, dirigiéndose hacia el sitio de donde partían los lamentos. De pronto vió un animal raro con cara de mujer y cuerpo de pez, que, al verlo, le preguntó:



Juanfuerte les preguntó si tenían noticias...

—¿A quién buscas?

—A la princesa.

—La princesa la tengo yo encerrada.

Juanfuerte le mostró entonces la estrella de diamantes que llevaba escondida bajo la barba. La feroz guardiana quedó deslumbrada ante aquella joya, tan deslumbrada que llegó a perder el sentido. Juanfuerte aprovechó aquellos instantes para nadar en dirección a la princesa, que estaba encerrada en una casa de espuma; la tomó por el cuello, y se fué nadando con ella antes de que

su guardiana recuperara el sentido. Y al advertir después que ésta los seguía, le arrojó la estrella de diamantes y se alejó más ligero hasta llegar a tierra firme con la princesa.

Llevó a ésta a la casa de la aldeana donde había dejado a la mayor. Y antes de retirarse, le dijo:

—Permanecerás aquí hasta que regrese con tu otra hermana. Luego os llevaré a las tres ante vuestros padres. Mientras tanto, no vayas a decir por nada que eres hija del rey. Si lo hicieres, tendrías que permanecer siete años más sin ver a tu familia.

La niña prometió no decir esta boca es mía, y el muchacho reanudó su empresa en busca de la menor de las hermanas cautivas.

XI

Por las altas cumbres

Juanfuerte sabía que a la tercera hija del rey la había arrebatado un águila.

la. Por lo tanto, debía de encontrarse en una cumbre. Empezó, pues, a trepar las más altas montañas. Pero ocurría que cuando se encontraba en una elevada cima veía otra más alta. Además, recordaba que iba a necesitar la cabeza de un gigante y el fuego de las plantas, según había predicho el oráculo. Después de haber trepado muchas montañas vió una más alta que todas, rodeada de volcanes en erupción. Le dijeron que allí estaba la morada de un gigante que asolaba todos los pueblos vecinos. Cuando alguno se animaba a subir a su montaña, el gigante extendía sus largos brazos, que medían varias leguas, y lo deshacía entre ellos, o bien abría la boca, que era tan grande como una gruta, y lo hacía perecer a mordiscos.

No había duda que la princesa que faltaba libertar se encontraba por aquellos alrededores, bajo la vigilancia del gigantón. Sin embargo, Juanfuerte siguió la marcha sin temor alguno.

Al llegar a un determinado sitio, vió que de una gruta salía un brazo largo,

largo que terminaba en una mano cuyos dedos se abrían con intención de agarrarlo. Desenvainó el muchacho la espada del rey y de un vigoroso tajo cortó la mano del monstruo.



Una muchacha hermosa, como no había visto otra...

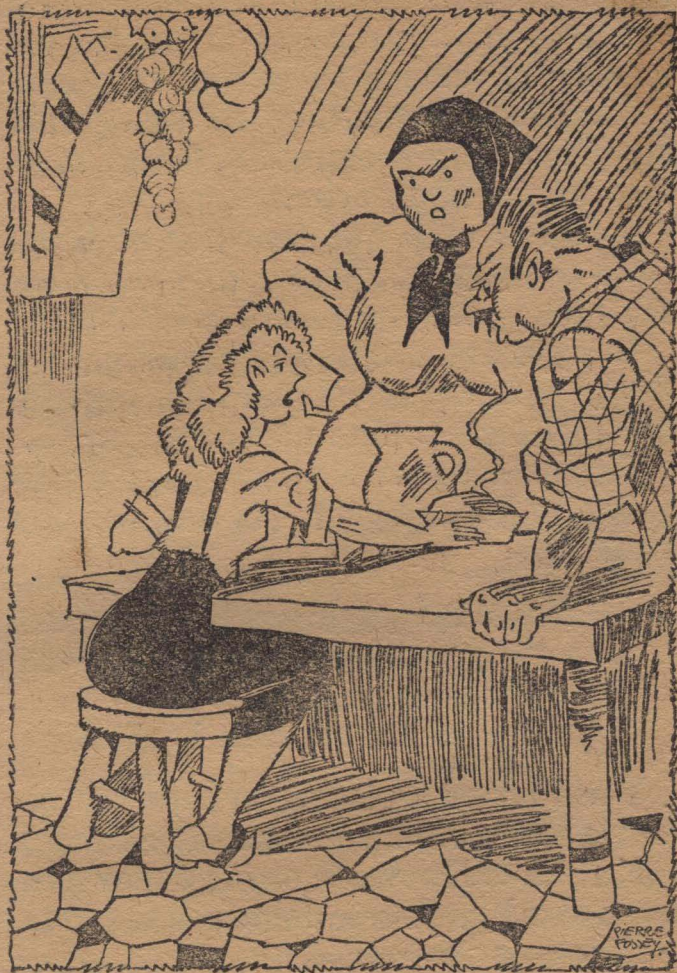
Del muñón del gigante empezó a salir sangre en gran cantidad que, al esparcirse por la tierra hizo brotar profusión de enanos que saltaban de alegría expresando su agradecimiento a Juanfuerte por haberles devuelto la libertad.

El gigante estaba cada vez más fu-

rioso y abría su horrible boca dispuesto a terminar con el muchacho de una sola dentellada.

Nuestro héroe sentía ya el aliento del gigante que le quemaba la cara como una oleada de fuego. Sin embargo, no sintió miedo alguno. Miró a su alrededor para ver si encontraba un arma con que defenderse, pues la espada del rey se había mellado al cortar la mano del terrible guardián. En ese momento se acordó de la predicción del oráculo y arrancó de cuajo el árbol más alto que encontró a su alcance. Lo levantó con la misma facilidad con que ustedes levantarían una pluma y hundió la copa en el cráter de uno de los volcanes. El árbol empezó a arder con viva llama y entonces Juanfuerte lo sepultó en la boca del gigante, el cual, después de lanzar un horrible aullido que hizo temblar la montaña, cayó muerto.

El muchacho, ni corto ni perezoso, y recordando lo que había dicho el oráculo, le cortó la cabeza. Y de la sangre que manaba del cuello cercenado, bro-



—¡Ni que fueras la hija del rey!

taron nuevos enanos que empezaron a cantar y a saltar sobre la cabeza del monstruo, como si fuera una montaña.

Cuando los enanitos se sosegaron, Juanfuerte les preguntó si tenían noticias de una linda princesa.

—¡Ya lo creo que tenemos noticias!

— le contestó el más viejo. — Está sobre aquel pino, que es el más alto.

Los enanos ayudaron al muchacho a llevar rodando la cabezota del gigante hasta el pie del pino más alto.

Trepó Juanfuerte sobre ella, y a medida que iba subiendo, oía una voz que decía:

—Madre mía, ven a mí,
que estoy muriendo sin ti.

Padre mío, te preciso.

Líbrame al fin de este hechizo.

Y vió asomarse sobre la copa del pino más alto a una muchacha hermosa como no había visto otra. Y por primera vez Juanfuerte empezó a temblar.

Entonces cerró los ojos, y la princesa se dejó caer en sus brazos.



Le dieron una soberana paliza.

Guiados por los enanos, entraron el muchacho y la niña en una gruta donde aquéllos les tenían preparada una rica cena.

XII

Las princesas charlatanas

Veamos lo que pasó mientras tanto en la casa de los aldeanos.

El rústico matrimonio quiso que la mayor de las niñas labrara la tierra a la par de ellos. Pero la niña se negó.



*Juanfuerte tomó el pato y
la poloma...*

—¡Tan delicada! — dijo el aldeano. —
¡Ni que fueras la hija del rey!

Ella no pudo aguantar más, y replicó:
—La hija del rey soy.

Los patos que estaban en el gallinero, decían en su lengua:

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

Y ella repetía:

—La hija del rey soy.

Viendo su terquedad, los aldeanos le dieron una soberana paliza. Y se convirtió en pato.

Cuando Juanfuerte trajo a la otra princesa, ocurrió lo mismo. Los aldeanos, ignorando de quién se trataba, quisieron obligarla a trabajar a la par de ellos, cosa a la que la muchacha se negó; después le ofrecieron su misma comida, que ella rehusó. Y dijo el aldeano:

—¡Tan delicada!... ¡Ni que fueras la hija del rey!

Ella, no pudiendo contenerse, exclamó:

—La hija del rey soy.

Y las palomas que estaban en sus nidos, decían en sus arrullos:

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

Pero ella insistía:

—La hija del rey soy.

Entonces el aldeano agarró un garrote y le dió un golpe en las costillas. La princesa se transformó en paloma.

Por eso, cuando llegó Juanfuerte con la tercera princesa y reclamó a las otras dos que antes había dejado, los aldeanos

nos le entregaron una paloma y un pato. Comprendió el muchacho que la culpa era de las charlatanas, que no habían podido conservar el secreto. No le hizo ningún cargo al matrimonio y le dijo a la tercera princesa:

—Mientras salgo en busca de mis hermanos, tú te quedas aquí. Vendré por ti dentro de un mes, pero no vayas a decir que eres la hija del rey.

XIII

El regreso

Juanfuerte tomó el pato y la paloma y se fué con ellos a la casa de sus hermanos.

Encontró a Bello contemplándose en un estanque. Cada día estaba más enamorado de su propia hermosura. Al ver a Juanfuerte, le preguntó:

—¿Me has traído la esposa que te encargué?

—Sí, aquí está — le dijo el recién llegado. Y le entregó el pato.

—No lo quiero — dijo Bello.

—Porque no sabes quién es. Se trata de una princesa hermosa como un sol. Pero debe mantener esa forma durante siete años. Transcurrido ese tiempo, si le arrancas un ala, verás ante ti a una linda chica. Si no pierdes la paciencia, dentro de siete años tendrás un reino.

Dicho esto, Juanfuerte se fué a buscar a su hermano Sabino. Lo encontró



*Al encontrarla trabajando en el
campo...*



*Deseaba con impaciencia que
se cumpliera el plazo.*

sentado ante una mesa leyendo un libro. Al ver al recién llegado, el lector le preguntó:

—¿Me has traído la esposa que te encargué?

—Aquí la tienes — repuso Juanfuer-

te. Y le entregó la paloma que traía.

Sabino la rechazaba, pero su hermano le aseguró que era una princesa muy sabia, y que si la cuidaba durante siete años, la vería en su forma humana, después de arrancarle la cola.

Sabino le dió las gracias y prometió cuidar al lindo animalito.

Juanfuerte se puso inmediatamente en marcha, pues estaba impaciente, temiendo que la princesa de la cual estaba enamorado hubiera revelado el secreto de su nacimiento.

Por eso fué grande su alegría al encontrarla trabajando en el campo a la par de los aldeanos, conforme con su suerte y más hermosa que nunca.

El rey, mientras tanto, había sido advertido por un mensajero, de que sus hijas estaban sanas y salvas gracias al arrojito de Juanfuerte.

Deseando ofrecer al salvador la recepción que merecía, salió a su encuentro.

Lo halló a una legua escasa de las puertas de la ciudad. Y al abrazar a su

hija predilecta, le parecía un sueño. No opuso el menor reparo al enterarse que Juanfuerte deseaba casarse con ella.



Transcurridos los siete años, llegaron los hermanos de nuestro héroe con sus princesas, ya desencantadas. La de Bello era hermosa como un sol, y la de Sabino, sabia como Minerva. Pero la de Juanfuerte era hermosa, sabia y buena. Por eso a éstos les correspondió el reino más grande y más lindo, que era el que había pertenecido al padre de las princesas, el cual cedió el trono a Juanfuerte, retirándose a un castillo.

A un castillo próximo se retiraron también los padres de los tres hermanos, los cuales, aunque habían sido ambiciosos, jamás soñaron tener hijos tan encumbrados. El carpintero comprendió al fin que los dones de las hadas madrinas eran superiores a cuanto había supuesto en un principio.

Y ocurrió que el Reino del Llanto volvió a ser el Reino de la Alegría, ale-

gría que alcanzaba a los reinos vecinos, gobernados por los hermanos del joven y valiente monarca. Y si en el de Bello había mucha vanidad y en el de Sabino todos eran muy sabios, en el de Juanfuerte reinaba la paz, porque la fama de su coraje se había esparcido por el mundo entero y nadie se hubiera atrevido a hacerle la guerra a él ni a sus hermanos, que eran sus únicos aliados.

Con lo cual vivieron por espacio de muchos años en la más completa de las venturas.



BIBLIOTECA INFANTIL

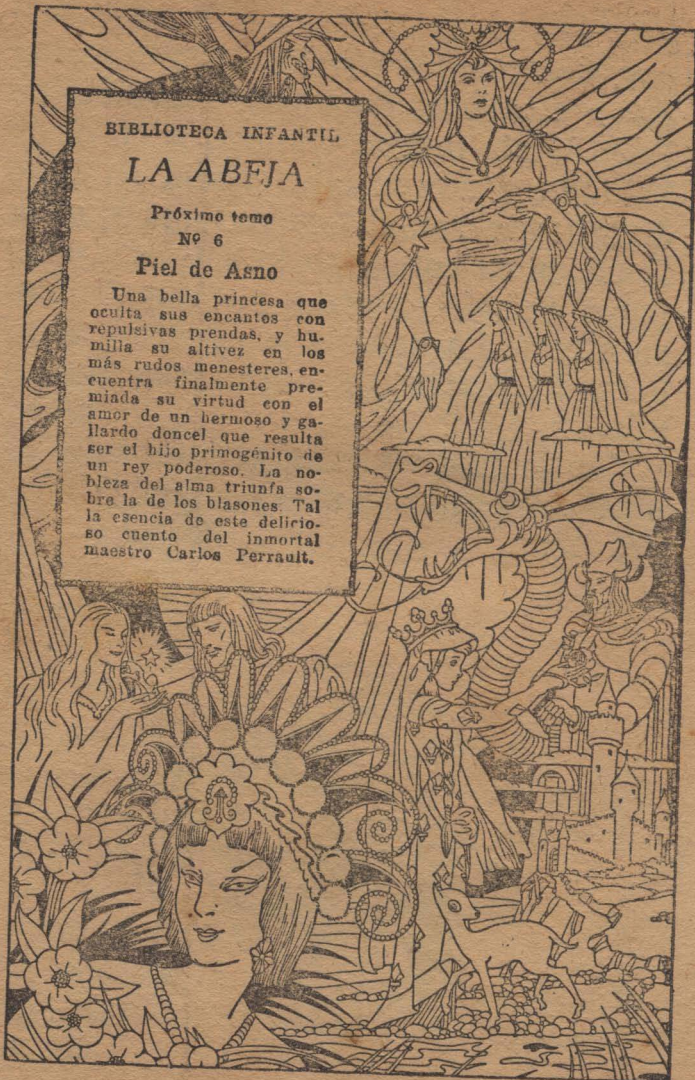
LA ABEJA

Próximo tomo

Nº 6

Piel de Asno

Una bella princesa que oculta sus encantos con repulsivas prendas, y humilla su altivez en los más rudos menesteres, encuentra finalmente premiada su virtud con el amor de un hermoso y gallardo doncel que resulta ser el hijo primogénito de un rey poderoso. La nobleza del alma triunfa sobre la de los blasones. Tal la esencia de este delicioso cuento del inmortal maestro Carlos Perrault.



SC
11
LA
05



CUENTOS INFANTILES

LA AREJA

